



Jada Sirkin

La mañana íntima

(o el deber de narrar)

PRIMERAS PÁGINAS

LA MAÑANA ÍNTIMA
(o el deber de narrar)

Jada Sirkin

PRIMERAS PÁGINAS

www.jadasirkin.com

La mañana íntima (o el deber de narrar)

1ª edición, abril 2022

Jada Sirkin

Fotos y dibujos: Jada Sirkin

Foto página 49: Dama David

Gatos: Kenia, Toni, Dama

En la foto de la página 24: Jack Kerouac

Se autoriza la reproducción de fragmentos de la obra sólo citando la fuente.

Contacto: jadasirkin@gmail.com

Más en www.jadasirkin.com

Esto son sólo las primeras páginas. Para comprar el libro/fanzine, ve a: www.jadasirkin.com / Tu aporte sirve para que podamos seguir investigando y desarrollando estos materiales. ¡Muchas gracias!

Introducción

En algún momento me di cuenta de que, al despertar en la mañana, mi mente se activaba (y se activa), como si fuera una computadora que, al arrancar, pone en funcionamiento sus programas automáticos. Para mí, escribir es una forma de tomar consciencia de esas automatizaciones del pensamiento y la sensibilidad. Durante varios meses de 2020, escribir a la mañana se me hizo casi imprescindible.

Hace mucho un amigo me dijo que la mañana era el momento más íntimo de sus días. La idea me hace mucho sentido; suele tomarme unas cuantas horas bajar de la cueva de los sueños, renacer al mundo de las formas, reincorporarme al juego social. Escribir es una tecnología que me ayuda a entrar al tablero de un modo saludable —atento. Casi que contra la inercia de lo que en estas páginas llamo *el personaje* (a quien le gustan las definiciones y las certezas), la escritura me recuerda que la vida puede ser explorada de modo poético.

Puedo hacerme amigo del misterio. Puedo, cada día, no ser solamente *ese* que ya era.

Aquí comparto las entradas de esa suerte de diario matinal —intimidades de mis procesos de recalibrado. Hago el gesto de *entregar* las descripciones de mi proceso personal a lo que podemos llamar *experiencia estética*. Pongo mi vida al servicio de la experiencia colectiva. Como decían, lo personal es político.

Al enmarcar mi proceso singular en un contexto artístico, se habilita la posibilidad de una alquimia curativa. Tu lectura multiplica la experiencia, multiplicar la experiencia es sanar —hacer sonar al mundo. Todas esas mañanas de *mi* vida se transforman en materia prima de *tu* poesía. Ojalá estas palabras te sirvan de materia prima. Ojalá estas páginas te sirvan, te den, te inspiren.



¿fue poro si lo
estoy escribiendo?



27 de agosto

Debería interesarme más por lo que D me cuenta. Debería tener ganas de conversar, estamos al sol, es de mañana, ¿por qué no conversar? Me pregunto quién soy sin todo lo que estoy pensando; cuando D se queda en silencio, ¿qué queda sin la pátina? Un cuerpo al sol. Ni siquiera. Una escritura —ni siquiera. El revés de una historia, los restos de un relato viejo, ni siquiera. Sensaciones que no puedo no ubicar en ese terreno que llamo *mi cuerpo*. Estas sensaciones ¿son reales? Niveles de realidad, pienso. La consciencia habita zonas, estratos. El sonido ¿es real? Al mirar hacia la enredadera, el sol me pega del lado izquierdo; el derecho queda anulado, en sombra. La diferencia de temperaturas es un hecho. ¿Por qué digo que el sol *me pega*? Lo único que existe es la estela del rugido de este lápiz, gastándose sobre el papel. Gustándose, sobre el papel. Cierro los ojos y no puedo no usar la palabra *cotorra* cuando percibo esa manera de sonar, verde y raspada, que tiene el cielo al aburrirse. Al abrirse, digo. ¿Por qué nos cuesta tanto

reconocer que eso que llamamos *pájaro* no es más que un agujero móvil del aire? Sería fácil decir que el tanque de agua de los vecinos está llenándose —sería más fácil decir que ese ruido me molesta— y que D está practicando yoga sobre las losas sombreadas por la enredadera, que también es de los vecinos, al menos su raíz. Tal vez lo que necesito sea una manera más oscura de decir que la planta de tabaco dio un salto de confianza hacia la primavera tímida. O: hacia la timidez de la primavera. Qué lento llego a las cosas. Quiero ver las cosas desde el otro lado, ser el camino despejado que observa al viajero cuando se encuentra con el pliegue, ese pliegue que, por confusión, insensibilidad o frustración apurada, llama *obstáculo*. Está todo interpretado, interceptado, no puedo moverme. El aire está demasiado claro para que realmente sea la mañana. La mañana es demasiado íntima como para llamarse así, laboral, tan social. Camiones del aire, una obra, construcciones, un suspiro ajado por su propia sombra. Necesito usar estas palabras para oscurecer el concierto matinal, oscurecer la mañana, atrapar el zumbido de la abeja en el calor de algo por fin innombrable. Decir que es de

mañana es un atajo —demasiado poco obsceno. Obscenidad es cosmos. Cuando el tanque frena, D da un salto y por el rincón de la derecha se arma un remolino fresco que hace chirriar el asfalto. Describir sigue siendo fácil, odioso, claro. Quisiera no tener que nombrar esos símbolos del cielo, anotados en azul, sobre un papel doblado. Símbolos tachados, símbolos organizados, planetas dibujados sobre un papel doblado. Un carozo de durazno, un fruto olvidado y hojas diferentes, secas y olvidadas por nadie, el metro, un termo que hace sombra o una sombra que hace termo, uñas en el cuero cabelludo, la estela de un raspado, en el cuero cabelludo. La obligación de narrar. Decir, cumplir con la necesidad de ser alguien. Bajar al mundo, entrar al tablero. Una alarma y el espacio entre los golpes de la alarma. Un motor que se aleja, la estela oxidada de un deber. ¿Necesito escribir para volver al cuerpo? No, necesito escribir para entrar, no, para atravesar, el cuerpo.

**PARA COMPRAR
EL LIBRO/FANZINE:**

www.jadasirkin.com